cuidado los que terminaban la primera carta de su marido:

«Juana no habla nunca de su madre, pero piensa siempre en ella.

»La cree muerta, y por las noches la oigo pronunciar su nombre muy bajito.

»Reza por ella.

»Pobrecita.»

Al siguiente dia tomó el tren de París.

Cuando llegó á su casa encontró una carta del marqués de Bordes.

«No se habia sabido aún nada, pero no habia que perder el valor.

»Estábase al principio de las pesquisas.

»Se ocupaban activamente del asunto.

»No se perdonaria medio.»

En una palabra; los Fribur renovaban su táctica ordinaria.

Daban á sus clientes vagas esperanzas, esperando el día en que después de haber hecho toda clase de imaginarios esfuerzos para lograr el objeto, confesasen su impotencia.

Asustada por las palabras del doctor, y más que nada, por sus sospechas, la desgraciada madre cayó de rodillas, murmurando:

—¡Dios mio, ayudadme!... ¿Qué hacer?... !Inspiradme!

Al levantarse se encontró enfrente del retrato del señor de Busey.

La miraba con sus ojos llenos de dulzura y de firmeza, de razón y de inteligencia:

Muy exaltada, murmuró:

—¿Por qué no estais á mi lado para defenderme y aconsejarme?

Se decia que á su lado no hubiera tenido nada que temer; que hubiera allanado cuantas dificultades hubiesen podido presentarse.

Aquel era el único, el verdadero dueño de su corazón y todo su ser.

En quince años que la habia poseido la habia cambiado, la habia transformado á su imagen.

Hasta en la tumba le pertenecía, y creia que entregarse á otro hubiese sido una profanación, una ingratitud y una bajeza.

Le pertenecía para siempre, y puesto que habia muerto, no pertenecería á nadie... nunca.

XIII

En la patria.

El mismo día en que Teresa se hacia esta promesa en la locura de su dolor, y también, preciso es decirlo, bajo la influencia del amor profundo que el conde de Busey habia sabido inspirarla, he aquí lo que ocurria á bastantes cientos de leguas de Francia.

Desde que Juan Redon habia vuelto á América, su humor, ya sombrío y taciturno anteriormente, se habia vuelto más adusto aún.

Hubiérase podido creer que habia llevado de su viaje causas nuevas de misantropía y de tristeza.

En efecto; si su compañero el barón Panel y su hija hubiesen podido leer en el fondo de

su alma, hubieran visto que su encuentro con la mujer por quien habia tenido gran pasión, que habia llevado su nombre y que en aquellos momentos, por haber roto toda clase de lazos, era independiente, tan libre por su estado como por su fortuna, habia exasperado sus resentimientos, sus pesares y sus deseos de venganza y de posesión á la vez.

Pero ¿qué podía hacer contra ella?

Todo el mal que podía hacerla se lo habia hecho.

La habia alejado de todo cuanto habia amado. ¡Cuán separado se veía de ella por dos obstáculos infranqueables!

El primero era el odio que él la habia inspirado por su implacable dureza.

El segundo, el culto que habia debido profesar al hombre que la habia salvado en su desesperación, que la habia recogido cuando todo la faltaba, que la habia tratado como á una enferma, que la había devuelto la salud curándola las llagas del alma, y que por fin la había elevado hasta él, sacándola del abismo adonde había caido.

¡Ah! qué rabia había sentido al oir las alabanzas que se prodigaban desde un extremo al otro de la Nievre referentes al conde de Busey, cuyo nombre, Teresa llevaba, y que no querria cambiar nunca por otro; aquellos elogios vibraban aún en sus oidos, y le hacian mucho daño, porque también alcanzaban á aquella Teresa que había sido suya, que había sido el primero en poseer, virgen aún; tan hermosa, que no había podido alejar el amor, que tanto le hacia sufrir aun después de tantos años de separación. Estaba loco por los celos, por los deseos inútiles y por los remordimientos cada vez más punzantes.

En vano pedía á un trabajo constante y rudo una distración, en vano emprendia excursiones á través de la inmensidad de la pradera para escaparse á la tiranía de aquel amor, haciendo la vida de un salvaje perdido en aquellos desiertos, vida muy parecida á la de los pieles rojas y de los sioux, antiguos dueños del suelo, desposeidos por una invasión de extranjeros que cada día les rechazan más lejos.

Más allá de los mares, veia la imagen de aquella Teresa, imagen que él había creido borrada para siempre de su memoria.

Le perseguia sin descanso.

Era su único pensamiento, su tormento, su martirio. No la podía olvidar.

De noche y de día la tenía allí delante de él, como el espectro de su amor perdido.

La veia con sus admirables cabellos ensortijados sobre su frente, medio ocultando sus profundos ojos y sus orejas finas y cayendo sobre su cuello de una blancura mate.

Besaba en su imaginación aquellos labios rojos como la púrpura, luminosos en su rostro pálido, de rasgos de irresistible seducción.

Había desgastado á fuerza de besos el retrato, del cual no se separaba, y que ocultaba á sus compañeros de destierro, lo mismo que les ocultaba la existencia de aquella mujer, que ellos creian muerta.

Era una locura sin duda, una aberración, una demencia y una debilidad indignas de un hombre enérgico y valiente como él.

¿Pero quién es capaz de desecharla cuando se ha apoderado del individuo?

¿Quién es capaz de resistir á ese tirano de todas las épocas y de todos los seres, á ese rey que todas las democracias del mundo no lograrán destronar?

¡El amor!

Juan Redon amaba con furor y odiaba del mismo modo.

Aquellos dos extremos se tocaban.

Iban á dar las diez de la mañana.

Desde las ventanas de la casa de la ranchería, exceptuando algunos pinos gigantescos, que la formaban una compañía espléndida, no se veía más que una inmensidad de yerba movediza, de un verde intenso que el sol de agosto no debía tardar en convertir en amarillo, sin que los pastos perdiesen ninguna de sus cualidades nutritivas, lo que es una causa de riqueza para los ganaderos de aquellos paises.

Panel-Ranch había experimentado grandes mejoras desde hacía diez y seis años que había llegado allí Juan Redon, acompañado del vizconde de Breville, su compañero de viaje del trasatlántico del Havre á Nueva York.

Junto á las antiguas construcciones de madera se había edificado una casa de piedra y ladrillo.

Los normandos han sido en todas las épocas buenos albañiles.

Id si no á ver las espléndidas iglesias de Caen y de Rouen.

Visitad los castillos que abundan en los ricos valles normandos y en el Catentin, que según dicen es él solo en el mundo, y os convenceréis.

El barón Panel había heredado esta cualidad de sus antepasados.

Había sido el arquitecto, y casi el único albañil.

El concebía y ejecutaba.

El resultado había sido un edificio sólido, tan sólido, que desde él se hubiese podido sostener un sitio.

Habian almorzado muy temprano, á causa de una excursión que los dos socios se habian propuesto hacer aquel día en compañía de unos cuantos cow-boys.

Cuando se posee una extensión de treinta ó cuarenta kilómetros de pastos, la visita puede ser larga, y hay que empezarla temprano.

Los dueños de Panel-Ranch acababan de levantarse de la mesa.

Fremon, el antiguo colono del barón, el vigilante infatigable, sólido hombretón de cuarenta y cinco años, de anchísimas espaldas, de musculoso cuello, de brazo hercúleo, se bebía su último vaso de whiski cuando el barón preguntó:

—Vamos á ver ¿qué es lo que hacemos?

Fremón le dijo:

—Lo que hemos convenido, dar la vuelta á la propiedad. ¿Venís, señor Redon?

—Yo tengo mucho que hacer aquí y me quedo.

—¿Y vos, Juana?—preguntó el barón.

La joven le miró sonriente.

—Haré lo que querais—dijo.—Si os marchais, iré; si os quedais, me quedaré.

Al decir á su madre que se la parecia, no habia exagerado.

La hija mayor de Teresa tenia los mismos rasgos, un poco más acentuados por la vida que hacia.

Hubiera sido imposible que á un vecino de la condesa de Busey no le hubiese chocado aquel parecido.

Eran sus mismos cabellos rizados; sus mismos ojos, de un negro azulado; sus mismos labios rojos; el mismo color mate.

Y además, la misma estatura esbelta; las mismas formas, y casi el mismo andar, con un carácter más viril y más decidido.

En los alrededores de New-City, la belleza de la joven, que todo el mundo conocia por la francesa, era casi célebre: de igual modo que se citaba á Panel-Ranch como un lugar delicioso, en comparación con las casuchas de los coroneles de treinta leguas en contorno.

La casa, sobre todo, era causa de admiración y casi de estrañeza para los vecinos del barón.

El parque de que estaba rodeada, no tenia rival.

No habia costado, sin embargo, más que el trabajo de hacerlo en pleno bosque.

No debe nadie imaginarse que aquella residencia se pareciese en nada á los hoteles de los millonarios de Europa.

La vivienda de Panel-Ranch tan solo tenia una habitación amueblada con relativo lujo.

Las otras lo estaban con la sencillez de los tiempos primitivos.

Todo era de madera muy toscamente hecho.

Se destinaba todo el lujo para aquella que era el encanto y la alegría de la casa.

Se la trataba allí como á una reina.

El barón la demostraba las atenciones más delicadas y al mismo tiempo paternales.

Por lo demás, aquella habitación era sencillísima.

Las paredes, el lecho y el piso estaban cubiertos de tabla.

Los muebles habian sido construidos con los mejores árboles del bosque.

La cama, la mesa, las sillas, el lavabo de allí procedian.

En las ventanas habia cortinas de seda roja, la ropa blancha que usaba no podia ser más fina, unos jarrones conteniende flores, que el barón cultivaba cuidadosamente en sus horas de ocio, y se hallaban colocados sobre una chimenea, donde en tiempo de invierno ardian grandes troncos. que no costaban más que el trabajo de cogerlos.

Todo el mundo, hasta los más adustos *cowboys*, trataban á la joven con cariño, y hubieran dado su vida por defender la de la pobre desterrada.

Gracias á ellos, y gracias sobre todo á las lecciones del barón Panel, Juana era tan ágil y valiente como el más intrépido aventurero, jinete inmejorable, tirando el lazo en caso de necesidad como un gaucho, tirando divinamente con la escopeta y sirviéndose del revólver como el mejor ciudadano del Far-West que no quiere que le falten al respeto.

El barón habia sido en realidad su verdadero maestro.

Durante el invierno, el profesor y la discípula trabajaban como si estuvieran en un liceo.

Durante los hermosos dias de primavera cabalgaban el uno al lado de la otra.

El barón, que rayaba en los cincuenta, profesaba por su discípula un verdadero culto.

Se mostraba con ella tan respetuoso como tierno.

Ella le recordaba la Francia, la patria encarnada en aquella joven elegante, graciosa, viva y de talento, que la casualidad le habia dado por compañera en aquellas extensas y tristes soledades.

Juana, por su parte, guardaba á su profesor la obediencia de un niño, una gratitud mezclada de aprecio y de admiración por su talento claro, ilustrado, que de todo sabía, de literatura, de ciencias, de oficios, y lo necesario para no hacer mal papel en socie dad entre la cual habia pasado su juventud y que se sometia á las durísimas pruebas de lavida que habia emprendido, sin perder ni un ápice de su dignidad, de su distinción natural y de su excelente humor.

Al oir las palabras de su padre se acercó á él y le dijo con acento de reproche:

—¿De modo que nos dejas marchar solos?

—Sí.

—¿Qué quieres hacer?

—Cuentas.

—¿Es cosa decidida?

—Sí.

—Buenos días entonces.

Se volvió hacia el barón, y dijo con acento resuelto:

—Entonces, en marcha.

El normando, después de apurar el vaso de whiski, salió.

Poco después se oyó el ruido de los cascos de los caballos al pie de la ventana.

—¿Estamos?—preguntó Juana.

—Sí.

Algunos minutos después, un pequeño grupo, compuesto del barón Panel, de su antiguo colono, de Juana y de tres ó cuatro cow-boys, trotaba á orillas de un arroyo que da á aquellas praderas una frescura muy parecida á la de Normandía.

El barón y la joven iban casi juntos.

—¿Qué tiene vuestro padre?—preguntó el barón.—Cuesta trabajo reconocerle. Debería estar satisfecho... Ya es propietario de una posesión, á la cual parecía tener gran cariño, y su humor, desde entonces, se ha vuelto casi lúgubre. ¿Comprendéis la causa, Juana?

La joven se encogió de hombros.

—Era cosa de nunca acabar si se fuese á tener en cuenta los cambios de humor de mi padre. No le he visto contento un día, y á veces, su aspecto, es el de un hombre que lo hubiese perdido todo, bienes y familia. No se comprende. Así es que ya no trato de saber la causa, no quiero saber más que es muy bueno para mí.

—Indudablemente, y para todo el mundo.

—Por ahora tan solo me ocupo de una cosa.

—¿Y es?

—Que desde mi regreso no me tuteais. . y que habéis cambiado mucho con respecto á mí.

—¿Yo?

—Sí, vos, señor barón—dijo con malicia,—y os aseguro que estoy muy enfadada.

—Hacéis mal, porque no tenéis razón...

—¿De verdad?

—Comprended, Juana...

—¿Qué?

—Que mientras que habéis sido pequeñita y erais mi discípula, podía usar familiaridades con vos. . Era para vos algo así como un tío... ¡Pero ahora, que ya sois una mujer!...

—¿No sigo siendo vuestra alumna?

—Sí, pero...

—¿No seguís siendo mi tío?

—Quisiera serlo, pero no tengo esa suerte...

La joven suspiró.

—¿De modo, que ya soy una mujer?

—Sí, desde hace algún tiempo. Al hecho si no; ¿qué edad tenéis?

—Veinte años.

—Ya lo veis.

La joven reflexionó.

—Sí, ya veo—dijo al cabo de un momento, poniéndose seria,—y casi creo que tenéis razón.

—Habladme de París y de vuestro viaje—prosiguió diciendo el barón.—¿Que habéis visto allí?

—Primeramente que Francia es un país pequeño, chiquitito...

—Pero bonito, ¿verdad?

—Sí, muy bonito—dijo con seriedad.—¿Pero le queréis mucho?

—Mucho.

—Entonces, ¿por qué no volveis?

—¿Por qué?

—Sí.

—Pues porque tenemos muchos intereses empleados en este país.

—¿De modo que os vais á quedar aquí eternamente?

—No digo tanto.

—Ya podríais retiraros. ¿No sois acaso bastante rico?

—¡Oh!

—La primera vez que hemos ido á New-City oí decir en el hotel del coronel Scott: «Ya veis: el barón, cuando vino aquí, no tenía veinte mil dollars... y hoy vale más de un millón.» Ahora bien; un millón de dollars suponen cinco de francos. ¿No es eso, querido? ¿No valeis cinco millones de francos?...

—Pero...

—Contestadme.

—No del todo... Por otra parte, vuestro padre es dueño de la mitad de cuanto poseemos, lo cual dismiuye mi parte. Además, sería preciso poder realiz rlo, y es muy difícil deshacerse de una vez de tantos bueyes y caballos.

En aquel momento el caballo de la joven dió una huida.

—¡Oh!—dijo tranquilamente.—¿Qué mosca te ha picado, *Fin?*

De repente exclamó:

—Ya veo... que asqueroso animal... es una serpiente de cascabel, barón.

En efecto; habia allí una serpiente que, sorprendida por la llegada de los jinetes, que indudablemente habian interrumpido su sueño, se habia levantado sobre su cola y se disponía

á precipitarse sobre el adversario que se hu biese atrevido á atacarla.

La joven sacó el revólver, y á dos pasos cortó el reptil en dos.

Fué un bonito tiro.

El largo cuerpo, de un gris plateado, con manchas negruzcas, del peligroso animal, quedó tendido en la hierba, y la caravana continuó su camino.

Desde lejos, rebaños de caballos y de bueyes les miraban pasar.

Los cow-boys daban la vuelta y se cercioraban del número de animales.

Cerca del límite de su propiedad vieron un rebaño que se hallaba en sus pastos y le persiguieron, haciéndole tomar desenfrenada carrera.

Juana al mismo tiempo que observaba cuanto ocurría, seguia pensando en su idea.

—¿Creéis, señor baron, que seria imposible realizar este millon de dollars, si uno se propusiera hacerlo?

—¡Caramba! no lo puedo asegurar... pero si tuviéramos mucho interés pudiera hacerse. ¿Es á Paris donde queréis ir á parar?

—¿Yo?

—No andéis con rodeos; Paris os ha gustado.

—¡Oh!

—No digais lo contrario.

—¿Queréis que sea sincera?

—Sí.

—Pues bien, querido, yo me encuentro bien en donde os halléis vos.

—Pero...

—¿No estamos aquí para ganar dinero?

—Es cierto.

—Ya habéis ahorrado bastante.

—Sí, es verdad.

—Con la mitad de cinco millones y hasta de cuatro seríais rico.

—Más de lo que yo esperaba.

—¿Hace falta tanto dinero para ser feliz?

—Hoy en día, sí, querida mía; se necesita.

Cambió el tono alegre que había empleado desde el principio de la conversación.

—¿Sabéis qué es lo que más me ha chocado durante mi estancia en París y en Francia?

—No.

—Pues voy á decíroslo. Al lado del ferrocarril, en vuestros campos de Normandía, entre el Havre y Paris, he visto casitas elegantes, modestas quizás; pero rodeadas de verdura, y me decia que se debia vivir muy a gusto allí, con tranquilidad y sin ambición.

—¿Pensábais eso?

—Sí.

—¿Y en aquel momento os dieron deseos de vivir en Francia?

—No, entonces, no... ni tampoco durante el viaje.

—¿Entonces, cuándo?

—Una noche en que me hallaba sola en casa del señor de Breville, vuestro amigo... cuan do mi padre compró aquella posesión tan bonita, á juzgar por las fotografías.

—¿Por qué no os llevó á verla?

—No lo sé... decia que me cansaria mucho para no estar allí más que unos momentos... que se volveria quizás sin comprarla y me dejó en París. La señora de Breville, que es muy

buena, me dijo: «¿Os acordais de vuestra madre?»—Sí.—¿No vive?—Sí y no.—¿Pero no teneis una hermana?—Sí.—¿Dónde está? Tuve que contestar: No lo sé; y es verdad.

La joven añadió:

—Pues bien; desde aquel día no pienso más que en una cosa.

—¿En cuál?

—Me vais á tachar de ridícula.

—No lo creais.

—Pues es que debería estar en Francia.

—¿Para qué?

Bajando la voz contestó:

—Para ir á rezar sobre la tumba de mi madre, y para buscar á mi hermana Raimunda, á la cual quería mucho, y puesto que nadie la ha encontrado, encontrarla yo.

Bruscamente se interrumpió.

—Pero os molesto con mis historias, y debeis figuraros que me he vuelto muy romántica.

El baron contestó:

—No; lo único que veo es que teneis un corazón muy hermoso... y apruebo lo que pensais.

—¿No me engañais?

—Ya sabeis que yo digo siempre lo que siento. ¿Por qué no me habeis dicho antes vuestro deseo?

Juana acercó más su caballo al de su compañero, y con voz profunda dijo:

—Porque se ha hecho irresistible desde el momento que he visto la Francia... ¡Pensad en que en esa tierra es donde mi madre ha vivido, donde mi hermana vive quizás! Y en ese caso...

Titubeó un segundo.

—En ese caso, ¿qué?

—He comprendido que haria mal, no olvidándolas—siempre he pensado en ellas, demasiado lo sabeis,—sino no acordándome bastante, y me he jurado reparar mi negligencia y falta de corazón.

—Vuestro padre dice que sois su retrato, que os pareceis como un huevo á otro huevo...

—¡Oh! no, es imposible. Si supieseis que monísima era mi hermana; con sus rizados cabellos rubios, tan finos como la seda...

—¿Os acordais de ella?

—Como si la hubiese visto ayer. De lo demás no recuerdo, mi memoria se borra... Hace tanto tiempo...

El ruido producido por el galope de un rebaño de caballos, les obligó á volver la cabeza.

Una manada de ciento cincuenta á doscientos de estos animales, desfilaba por delante de los cow-boys, que los iban contando á medida que pasaban; corrían como una manada de ciervos acosada por la jauría.

—Mirad, Juana—dijo el barón,—qué animales tan hermosos.

—Por eso costaría poco trabajo encontrarles comprador.

Paul la miró atentamente.

—¿De modo que lo deseaís?—preguntó.

Ella declaró con sinceridad:

—Pues bien, sí, amigo mío; y ya os he dicho el por qué.

Pero añadió moviendo la cabeza:

—Pero yo sé demasiado que vos no queréis.

—Por qué?

—Todo cuanto hay aquí es obra vuestra. Vos lo habéis hecho todo. Vos habéis hecho la casa, el parque; habéis criado esos caballos y no podéis separaros de tantas cosas para vos queridas.

El barón se sonrió.

—Sí; me gusta esta vida de libertad—declaró,—estos espacios inmesos... pero todo no es obra mía solamente, también vuestro padre y Fremon han contribuido, y todas estas pobres gentes no han dejado de ayudarnos.... Me gusta, sí; le tengo cariño, no lo oculto .. Este país, con sus rarezas y sus defectos me agrada. Pero me gusta, me agrada y le quiero, porque vos estáis en él, porque habéis sido una de sus flores cultivada por nosotros, de todos querida; habéis sido nuestra alegría, nuestro encanto... en este desierto... No hay sacrificio que yo no haga por poderos evitar un disgusto... En fin; hay una cosa que se prefiere á todo y más cuando la vejez se acerca y las fuerzas disminuyen...

—¿Y es?

—La tierra natal, el rincón donde se vino al mundo y que se conoce con un nombre muy dulce que lo resume todo, la patria....

Juana no pudo contener un movimiento de alegría.

—¿De modo que consentís?

—Haré todo cuanto queráis, todo.

—¡Cuánto os quiero!—murmuró.

El barón aprovechó la presencia de un bando de gallinas de las praderas, que levantaron el vuelo ruidosamente, saliendo casi de los pies de los caballos, para romper la conversación.

Tiró á la casualidad con el revólver y no mató ninguno de aquellos preciosos volátiles que constituían muy á menudo el asado de Panel-Ranch, y la joven soltó una ruidosa carcajada.

—¡Oh! barón—dijo olvidando sus pensamientos,—mala puntería tenéis; valiente agujero habéis abierto...

A partir de aquel momento recobró su alegría natural.

Durante toda la excursión, combinó alegremente con su compañero los medios de poner en ejecución los proyectos que acababa de indicarle.

En un principio no dirian nada á nadie.

El barón iria á New-City ó á Chicago, y tantearía el terreno y podría darse cuenta de la posibilidad de venta sin grandes pérdidas. Sus rentas eran considerables, su reputación de primer orden. Una infinidad de coroneles se disputarían la posesión.

La joven los nombraba.

El coronel Simpson, el coronel Ward, el coronel Biffih; todos militares *in partibus*, que no habían mandado nunca cuatro hombres y un cabo.

Aquellos que no tuviesen dinero, lo buscarían para una compra tan ventajosa.

Después, cuando se tuviese la seguridad de encontrar ó de tener un comprador, los demás no opondrían grandes dificultades y darían el consentimiento.

Casi se podia asegurar.

Aremon hablaba muy á menudo de los deseos que tenía de retirarse á su país, á Bayeux, en

las hermosas praderas normandas, con sus plantaciones de manzanos. En realidad, si había seguido al barón, habia sido tan solo por amistad.

¿Su padre? ¿Podia negarle algo?

Además, desde que había hecho la compra en el Morvan, no hacía más que pensar en su querido país.

No sería muy difícil convencerle.

Ella se encargaría de hacerlo.

Y de repente dijo con ternura:

—Vamos á ver, querido amigo: ¿qué vais á hacer cuando volvamos á Francia?

—¿Yo?

—Estareis triste...

—¡Oh!

—Desocupado.

—No.

—Decid... ¿En qué emplearéis el tiempo? ¡Se os va á hacer interminable...

—Pues empezaré por tratar de buscaros un buen marido...

—¡Qué ideas!...

—Lo cual será muy fácil... Un militar de porvenir, pero de verdad; no como los coroneles de New-City... ó un gentilhombre de los del campo... honrado y leal... Aun quedan algunos...

—Bueno, ¿y después?

—Después me buscaré un buen retiro para pasar la vejez... Una casa de las antiguas, rodeada de árboles y jardines, con un arroyuelo de aguas más claras que las de Panel-Ranch... Allí me instalaré pacíficamente, siguiendo en esto mis gustos, que son muy modestos.

—¿Y después?—volvió á repetir la joven.

El barón pareció pensar.

—¿Os casaréis?

El se encogió de hombros.

—¡Vaya, vaya! ¡estaría bueno! ¡Un hombre ya con el cabello blanco! ¡Bueno fuera! ¡Se reirian de mí!... Después, querida, como todo tiene fin en este mundo, el mejor día, una enfermedad cualquiera, á la vejez, se encargará de enviarme adonde han ido á parar todos los Panel, creyéndome dichoso por haber podido encontrar un rincón en el cementerio donde ellos descansan.

Y bruscamente hundió las espuelas en los ijares de su caballo, que salió al galope, muy extrañado por la repentina brutalidad de su amo, que no acostumbraba á tratarle así.

La joven, que se había quedado atrás, se rió enigmáticamente, y murmuró al mismo tiempo que le seguía con la vista:

—¡Pobre barón! Tiene un secreto y no quiere revelármelo; pero yo le obligaré á que lo haga... aunque sé ha de costarme trabajo.

Y fustigando á su caballo, partió también al galope, y no tardó en unirse á su amigo.

A lo lejos, á través de los gigantescos pinos, las negras paredes de la casa empezaban á dibujarse, con su inclinado tejado, cubierto con tablas superpuestas, como lo tienen algunos antiguos edificios normandos.

Cuando llegaron cerca de su morada, Juana cambió con su compañero estas breves frases:

—¿Es cosa convenida?

—Convenida.